

Textos

FEDERICA MONTSENY

Dos enigmas históricos

La revista blanca, segunda época, nº. 7, 1- IX- 1923, pp 1-2-3.

M. Jean Psichari, nieto de Renán, ha editado la primera obra escrita por el gran filósofo francés, y que éste, con su peculiar carácter ordenado, guardaba como una reliquia, como un resto de su juventud, como una fuerte evocación de sus mocedades. Primer balbuceo de su genio, primera chispa de su espléndido talento.

Y hay también un valor sentimental en esta obra inédita de Renán, conservada a través de los años y piadosa y cuidadosamente desenterrada y arreglada por un nieto. Este manuscrito, de gran valor, aún más por sus recuerdos que por el contenido, pleno de emoción y en el que se revela ya el gran Renán futuro, lo dio, como regalo, la viuda del filósofo a su nieto Ernesto Psichari. Y ahora Juan Psichari, último descendiente de Renán, lo saca del olvido, limpiándole el polvo y arreglando las faltas del muchacho que lo escribió, conservadas por Renán como testimonio de su evolución literaria.

Psichari encabeza con un prólogo este libro, en el que cuenta sus esfuerzos por encontrar el viejo manuscrito, que él, quizá con un poco de exageración, considera obra meritísima e ignorada de su abuelo

La sugestión de los dos nombres que representan los dos enigmas históricos de la obra, me hacen dedicarle este artículo de comentario. Son tan interesantes y tan extraordinarias las dos figuras femeninas que Renán glosó, que es imposible pasar en silencio el desempolvamiento de la obra juvenil del autor de la *Vida de Jesús*.

Entre Cristina de Suecia y Valentina de Milán, verdaderos enigmas históricos, Renán prefiere la última. A ella dedica el mayor número de sus elogios.

La dulce figura de la duquesa de Orleans, atractiva desde el punto de vista masculino por su belleza, su bondad y su desgracia, es la que le atrae.

Pero yo, desde el punto de vista humano, investigador y psicológico, encuentro mucho más que decir y muchos más episodios interesantes en la silueta excepcional de Cristina de Suecia, la reina sabia, rebelde y aventurera, la mujer

extraordinaria y osada, que durante toda su vida llevó sobre sí un interrogante y una admiración: ¿hombre o mujer? ¡fenómeno de la especie!

Como del caballero d'Eon, hasta su muerte se sospechó de su sexo, y en cuanto a su vida prodigiosa y a sus ideas, inconcebibles en aquella época, y aún mucho más en su clase, nadie sabía a qué atribuir las, vacilando en si dar a aquella criatura incomparable el título de genio o el anatema de monstruo.

Después de un nacimiento y de una infancia tan extraña y accidentada como su vida, desenvuelta entre una madre loca, un pueblo hambriento y unos ministros casi analfabetos, la inteligencia de Cristina se desarrolló poderosamente, a la par que su voluntad. A los quince años hablaba correctamente siete idiomas, conocía todos los sabios y filósofos clásicos y de la época, la astronomía, la medicina y la alquimia, ciencia o lo que sea, de moda aún en el siglo dieciséis.

Muy pronto se reveló en ella lo que había de ser reflejo de toda su vida. A Cristina se debieron las primeras escuelas que hubo en Suecia. Y dicese que, ante las observaciones de su primer ministro Oxenstiern, que, como todos los gobernantes, consideraba que el pueblo que cuanto más ignorante mejor, la reina contestaba seca y resueltamente: «La ignorancia es la que perpetua la iniquidad».

Por conservar su libertad y por odio a su clase, se negó a contraer matrimonio y renunció al trono. Vivía rodeada de sabios y en ella encontraron auxilio cuantos, perseguidos por su sabiduría, crimen en aquella época, se refugiaron en Suecia. Violenta y apasionada, impetuosa e inquieta, recorría los villorrios suecos sola y a caballo, propagando la rebeldía al pueblo; aconsejándole que no se dejase explotar y pidiera su derecho a la vida.

Altiva y casi cruel con los poderosos, decía, en plena corte: «El talento lo es todo. El nacimiento nada. La vida da a todos por igual. La sociedad es la que establece las desigualdades. Si entre el pueblo hay canalla, más la hay entre vosotros».

La biografía de esta mujer, sin comparación, produce estupor. Los biógrafos desbarran comentándola. Su vida fue una continua contradicción y una continua rebeldía.

Atea por estudio y por convencimiento, revolucionaria en práctica y en principio, y nacida a primeros del siglo dieciséis, si observamos paso a paso su vida, leyendo biógrafos avanzados y reaccionarios, nos encontraremos, idealmente y sin exageraciones, ante una precursora de todas las ideas modernas.

Su poderoso cerebro concibió, antes que nadie, una sociedad mejor, y su voluntad de hierro la hizo abandonar el trono y recorrer como agitadora revolucionaria los suburbios suecos, hasta el extremo de que el gobierno de Carlos Gustavo de Brandeburgo, que la sucedió en el trono después de su abdicación, vióse obligado a expulsarla. Refugiada en Bruselas, continuó su obra agitadora que unos bautizan con el nombre de locura inicial y otros consideran como prodigiosa genialidad de su talento admirable y de su gran adelanto moral.

Contemplada bajo todos sus aspectos, es indudable que en ella había grandeza y locura.

La manía hacia el estudio y las disquisiciones filosóficas era causa de que descuidara su físico y su salud. Apenas dormía y muchas veces iba despeinada y sucia. Su constante tendencia aventurera y revolucionaria la obligaba a ir vestida de hombre. Con este traje y siempre sola, recorría las casuchas del pueblo bajo de Bélgica, que fue el sitio donde, al marchar de Suecia, vivió más tiempo y donde más energías dedicó a esta rara originalidad o a esta extraordinaria vanguardia de propagar a los humildes el derecho a la vida y la destrucción de la aristocracia.

Su vida íntima fue quizá más rara que su vida pública. Protegió a los sabios por centenares y tuvo amantes por docenas, arruinándose entre unos y otros.

Su ruina y su prematura vejez la obligaron a actos posteriores que contradecían su vida anterior. Vendió su ateísmo al papa Alejandro VII por una pensión de 2.000 escudos mensuales. Y el papa lo compró considerando un triunfo para la Iglesia la adquisición de aquella mujer, sin pensar que lo que ella vendía era la miseria; y la prueba de ello está en que, irreflexiva e incapaz de someterse a imposición alguna, después de ser solemnemente bautizada por la Iglesia romana, reíase de aquella tardía y grotesca ceremonia, pidiendo burlescamente, en presencia del papa, que le enseñasen a Dios, porque ella tan sólo creía firmemente en la materialidad finita y terrenal.

Los últimos años de esta vida son realmente una locura, un desequilibrio físico y moral. Pero en ellos queda aún en pie, a través de las insensateces de aquella cabeza demasiado llena y de aquella vida demasiado extraña, una indomable rebeldía, un odio casi rabioso contra los opresores y una ternura casi mística, exaltación de su espíritu y de sus sentimientos, hacia los oprimidos.

Renán, ante Cristina de Suecia, permanece indeciso. Ante Valentina de Milán se entrega incondicionalmente a la bondad de la mujer hermosa y desgraciada, víctima del vicio de una casta y extinguida en una muerte oscura.

Para comentar a Cristina de Suecia, Renán, muchacho de veinte años, recién salido del seminario, y con una tendencia mística que persistió a través del razonamiento de su ateísmo, no tenía bastante formación moral.

Pero él, con su sutil instinto filosófico, iniciado ya, escogió bien las dos figuras que debían servirle de tanteo literario. Sintió frente a ellas la sugestión del misterio psicológico que encierran. Y quizá, también, en el fondo, por esta conclusión protestataria que todos llevamos dentro, encontró en el alma, muy humana, y en la vida, muy interesante, de las dos mujeres enigmas, un mundo de ideas y de consideraciones. Quizá ante el paralelismo de sus existencias inquietas y dos veces paralelas, por ser agitadas ambas y porque nunca una curva podía enlazarlas, vio una definición de eternidad moral humana, de esta eternidad que va enlazando los hombres y las ideas unas con otras, formando el paso lento, muy lento, de la vida y de la evolución.

Por mi parte, atraída por sus tres nombres, los enigmáticos de la obra y el otro enigma espiritual del autor, he intentado recoger en este sencillo artículo una noticia, dos vidas dignas de estudio y la constante inquietud moral, la continua sacudida ideológica que formó toda la obra y toda la vida de Renán.